



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10883

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id. — Extranjero.—Tres meses, 11'25 id. La suscripción se contará desde 1.º al 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 13 DE JUNIO DE 1896

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorete, rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura.

Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para panaderos, Norias especiales.

Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de abaca y metálicos, vía férrea con sus wagonetas, plataformas y demás accesorios, correas, etcétera, etcétera.

Basculas y Cajas para caudales. Excelentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI 12.

Véase anuncio MODA Y ARTE en la tercera plana

MISS ISSOLDA

I
Para ninguno de los asiduos concurrentes al Circo era un misterio que Eduardo estaba enamorado de Miss Issolda, y como el joven *gentleman* era rumboso con la *troupe* y las dependencias y parecía interesarse por los triunfos de cada uno de los artistas, en particular, gozaba de grandes prestigios y, desde Robert Hay, el hércules, hasta William Pitts, el enano y gracioso *clown*, todos le llamaban en inglés *remendado* en español, su amigo y le tomaban por árbitro en las continuas divergencias que se suscitaban a diario en trenos y otros por exageraciones en su amor propio artístico, el mas tirano é irritante de los amores. El empresario del circo, hombre ducho y experimentado, siempre que veía a Eduardo en el pasillo donde estaban situados los cuartos de las *miss* y *mademoiselles* de la compañía, sonreíase benévolutamente y decía a veces en su lenguaje cosmopolita:

—¡Oh monsieur Eduardo, las mujeres!

Aquella frase hacia sonreír a Eduardo y despertaba en él re-

cuerdos ó ideas que se traducían en solloquios, mientras paseaba á lo largo del pasillo formado por tablas á través de cuyas mal unidas junturas escapabanse la luz, las risas, los cantos y las conversaciones de los cuartos de los artistas.

—¡Las mujeres!... —pensaba. — Los tiranos naturales del hombre que con una sorpresa ó un gesto obligan á que lo pisotéis todo y os sintáis esclavo, agradeciendo conmovido el que os cuelguen al cuello una pesada cadena... Las mujeres: inanes sueltos cuya atracción no se resiste, sino que con la misma inconsciente debilidad del acero, se une el hombre a la mujer para el más «inamantado» que el resto de las mujeres... ¡Dios mío!... ¿Será mi imán esa Miss Issolda, funambula de extraordinario mérito? ... Porque ella, y sólo ella, es la que me atrae a estos sitios haciéndome olvidar mi nombre, mis pergaminos, mi posición social... Me empujan sus ojos soñadores de funambula, me atrae su cara de



peregrina belleza y... sin embargo, me resisto, quiero huir, hago como que no la veo. Es la lucha de un vencejo con un águila: el vencejo es mi orgullo y el águila mi pasión...

Callaba Eduardo: se encontraba

frente por frente a la puerta del cuarto de Miss Issolda: hacia ademan de entrar, pero se retiraba siempre avergonzado, murmurando:

¡Hoy no!... ¡mañana!...

II

Una noche fue más decidido: entró en el cuarto de la funambula.

Después de haber sido recibido cortesmente por la miss famosa y aprovechando el momento en que Mr. Francois, el padre, había hecho «mutis» para una imprevista urgencia, la de dar un ósculo apasionado a una botella de rom. Eduardo pintó a Issolda su amor, implorando gracia.

La joven, escuchó, impasible al parecer, cuanto le confiase el español.

Hizo éste alto en su discurso y espero ansioso.

Con gran sorpresa suya, la miss le replicó en correcto castellano:

—Si no fuese porque respira sinceridad su protesta, la acogería con una sonrisa y le diría a usted: «Eduardo, este pobre artista no es tan necio que se deje engañar por protestas como la que usted se ha dignado hacerme, ¡tantos me han dicho lo mismo!... ¡No!... sé demasiado que no le inspira a usted otra cosa que el deseo de una vanidad fomentada por una apreciación galante hacia mi persona... Ningún hombre se ha vanagloriado ni podrá jamás vanagloriarse de haber obtenido de mí ni una palabra de amor ni menos aun una esperanza de ser correspondido... Esto le habría dicho a usted; pero, usted es el único en quien he sorprendido una halagüeña veracidad y he de contestarle como se merece...»

—¡Mil gracias, Issolda!... ¿seré tan afortunado?...

—¡Déjeme usted que acabe!— terminó de decir la funambula, —yo no aceptaré el amor sino es de una persona que no se avergüence de mí.

—¿Puede usted suponer acaso que yo!... —interrumpió con vehemencia Eduardo.

—¡Oh, qué niño es usted, amigo mío!... ¿Posee usted tal dominio sobre mi voluntad, que, andando el tiempo, no se censure a sí propio de ser el amante de una pobre muchacha de circo?...

—¡Jamás Issolda!... Mi opinión es firme: todas las mujeres valen lo mismo, si son buenas...

—¡Muy bonita teoría, Eduardo!... Eso es caballeresco, consolador, hermoso; pero en la práctica, ¡oh!, las preocupaciones sociales contra las que todo se estrella, harían amarga la miel de un cariño que con tal vehemencia ha dicho usted que siente por mí, y la vida se le haría a usted insostenible, ¡perdón!... Sepárennos: yo conservaré de usted un grato recuerdo toda la vida y usted se olvidará pronto de esta funambula, que en su propia tierra tiene que fingirse extranjera para ser admirada... ¡Sepárennos!...

Y le tendió la mano.

—¡Nunca!— balbuceó Eduardo— Pídame usted lo que quiera, haga usted de mí lo que le plazca, pero no me aleje, no me quite V. toda esperanza, porque me volvería loco... ¿Quiere V. ser mi mujer?...

Dijo esto con tal acento que Issolda volvió el rostro para ocultar su emoción.

—¡Respóndame V!... ¿No hay ningún medio?...

—¡Sí, uno solo!— replicó la funambula con energía, como el que intenta sobreponerse a un inevitable desfallecimiento de la voluntad.

—¿Cuál, Issolda?...

Precedió una pausa: hasta el cuarto llegaba el rumor de los aplausos y de la música del circo.

—¡Por Dios, no me martirice V. mas con su silencio!...

—Eduardo, dijo la funambula con acento que no admitía réplica, —mi marido será un hombre que me haya llamado antes su compañera.

Dijo esto, a tiempo que el fingido Mr. Francois entraba en el cuarto murmurando:

—¡Oh, miss, estar el circo con reboamiento de público!...

III

A los dos meses de este suceso, veíase en letras rojas anunciado en todas las esquinas, en cartelones tremendos, el «début» del extraordinario equilibrista de renombre universal Mr. ZINKMARKEN.

Sin duda, habréis adivinado, lectores míos que el tal equilibrista no era otro que Eduardo, al cual obtuvo un éxito, ruidosísimo.

Ocho días después se celebraba en la capilla de un palacio de la Castellana el matrimonio de Carmen (Miss Issolda) y Eduardo. Despidiéronse éstos para siempre de sus compañeros del Circo, con un espléndido banquete, en el que Mr. Francois cantó unas peteneras que hubieran causado la envidia del cantor más «castizo».

ALEJANDRO LABRUBIERA.

TIJERETAZOS

Circulan rumores optimistas respecto a la terminación de la guerra de Cuba.

Según el corresponsal del *Times*, que tiene muchos ribetes de ser afecto a los revolucionarios de la manigua, los rebeldes aceptarían la paz si se les concediera la autonomía, garantizándoles los Estados Unidos.

Otro sí: Que España se encargara de pagar la deuda de Cuba.

Eso es, tú que no puedes...

Puestos a pedir, yo no sé como no piden el chocolate diario y un pernil por Carnaval.

Ya se contentarán con dos pesetas para todos los cabeceles.

«El Nacional» se duele de la campaña emprendida por el señor conde de Xiquena y cree que cuando se discuta el acta de Casimera se promoverá una discusión de vergüenzas al aire.

Lo lamentable es patrocinar candidaturas que no pueden pasar sin jaboneras.

ALICIA O LOS MISTERIOS

99

Evelina, pues era ella la que acababa de abrir la puerta, se detuvo allí y esperó que su madre se levantara después de haber concluido sus oraciones. Entonces se arrojó en los brazos de lady Vargrave, sollozando como si su corazón le fuera a romper el pecho; sentía las emociones ardientes, generosas, irresistibles de la juventud. Quizas lady Vargrave las había sentido en otro tiempo; ahora á lo menos, podía comprenderlas. Estréchó á su hija contra su corazón, apapilló sus cabellos que le cubrían la frente, la besó con ternura, la dijo palabras consoladoras.

—Madre mía, le decía Evelina con voz interrumpida, yo no podía dormir, no podía encontrar reposo. Bendicidme otra vez, volved á besarme, decidme que me amáis... vos no podéis amarme como yo os amo... pero decidmelo... decidme que sentiréis mi ausencia... aunque no demasiado... y... decidme... No puedo continuar.

—Oh! buena y tierna Evelina! nada existe en la tierra que ydame tanto como á ti; no me creas ingrata.

—A vos, madre mía! oh! no habéis así á vuestra hija, á vuestra hija única! exclamó Evelina cubriendo con lágrimas y besos apasionados el rostro y las manos de su madre.

En este momento, es verdad, el corazón de lady Vargrave se acordaba de no haber amado realmente

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

á aquella dulce hija como lo merecía. Es cierto que ninguna madre fué mas solícita, mas complaciente, mas vigilante; sin embargo, Evelina tenía razón. La ternura expansiva, la penetración misteriosa, en los pensamientos, los sentimientos más útiles de la persona amada, aquellos rayos que hubieran debido caracterizar el amor de tal madre á tal hija faltaban, á lo menos en la apariencia, en el afecto materno de lady Vargrave. Aún en la separación actual había manifestado lady Vargrave una prudencia, una razón, que mas tenían de deber que de cariño. Sintió, pues, algunos remordimientos, dejó ver emociones nuevas ó mas bien emociones que no acostumbraba demostrar; floraba con Evelina y correspondía á sus caricias con un calor casi tan vivo como el de aquella. Tal vez conoció en ese mismo instante de cuanto amor era susceptible aquella naturaleza afectuosa, y temblaba al pensar en su porvenir. Esta hora dolorosa estableció una armonía completa en sus reciprocos sentimientos, comprimidos hasta entonces por alguna causa inexplicable. Esa noche no quisieron separarse, el mismo lecho recibió á la madre y á la hija, y cuando fatigada lady Vargrave por unas penas interiores, que no la era dado revelar, cayó en un sueño de estenación, el brazo de Evelina la sostenía, y los ojos de Evelina la contemplaban con un enternecimiento, piadoso é inquieto, luego que la

ALICIA O LOS MISTERIOS

102

Mucho pareció agrandar á Lumley la proposición y echó una mirada á Evelina; pero mistress Leslie dijo con mucha seriedad:

—No, nos hallamos demasiado afectadas al dejar esta mansión querida para que seamos unas compañeras que puedan divertir á lord Vargrave. A la hora de comer nos volveremos á ver todos, ó al no, si es poca urbanidad dejar solo á lord Vargrave, Evelina y yo iremos en su carruaje, y él puede acompañarnos en vuestra berlina.

—Aprobado, dijo mistress Merion, entretanto voy á ver como se colocan los pies de fresas y de primaveras. Qué bondad la vuestra, lady Vargrave, de pensar en esto.

Transcurrió una hora; Evelina había partido... el último adiós lo expresó con lágrimas sobre el pecho de su madre. El ruido que hacían las ruedas había cesado enteramente y sin embargo, lady Vargrave permanecía fija en el umbral de la puerta, con los ojos clavados en el sitio donde había perdido de vista á su dulce Evelina. Un sentimiento de tristeza, de abandono, penetró en su alma; el sol, la primavera, el canto de los pájaros todo parecía hacer más desolada su soledad.

Maquinalmente, con paso lánguido y los ojos bajos, se dirigió á la calle de árboles, que era su favorito.